

Metro

Guillermo Arbona Rojas



Capítulo 1

Un minuto más tarde y lo hubiesen perdido, pero habían entrado justo cuando las puertas del metro se estaban cerrando.

-Por pocas- dijo Teo.

-Hemos tenido suerte- dijo Celia.

Ambos sonrieron. Teo le dio un beso en la frente a Celia. A veces, una pequeña victoria es lo que le da alas a una persona para continuar adelante. Es lo que difiere de montarse en un metro o arrojarse a las vías de un metro. Una pequeña victoria. La tenían. Esa sí.

-¿Crees que se acordará de mí? - preguntó Celia.

-Por supuesto, cariño- dijo Teo y añadió: -, la pequeña siempre se acuerda de ti.

La pequeña era Teresa, la hija de Celia.

-¿Estoy guapa?

-Mucho.

-Dime la verdad.

-Te digo la verdad y nada más que la verdad- dijo Teo.

Volvió a dar un beso a Celia. Esta vez en la nariz.

El metro fue haciendo sus paradas correspondientes en cada estación. A ellos le quedaban 5 paradas para bajarse. Celia comenzó a rebuscar algo en su bolso. Mientras tanto, Teo se puso a mirar el vagón. Se percató de que la mayoría de las personas estaban con la mirada puesta en la pantalla del móvil. De repente, percibió un hedor muy fuerte. Apestaba a alcohol. Comenzó a sudar. Sentía cómo el alcohol le brotaba por cada poro de su piel. No tenían que haberse bebido aquella última botella de vino. Las gotas de sudor cada vez eran más gruesas y tenían un color amarillento. ¿El sudor tenía color acaso? Teo lo estaba pasando mal.

-Nena, creo que voy a vomitar.

-¿Estás malo?

-Creo que sí.

-Mierda, espera, a lo mejor tengo un poco de agua por aquí...

-No, no quiero agua.

-Tranquilo, cariño. Ya mismo llegamos.

-Está bien.

Teo cada vez estaba más paliducho. Salivaba mucho, pero la garganta la tenía completamente seca. Todo era un sinsentido. De repente, ya no quería ir a ver a la pequeña Teresa, lo que deseaba era volver a su habitación y dormir.

-Creo que voy a explotar- dijo Teo.

-Tranquilo. Ya queda solo una parada.

-Dios, qué mierda, qué mierda.

-Pero qué te pasa, siempre te pones así cada vez que vamos a ver Teresa.

-Así ¿Cómo? ¿Borracho, dices?

-No, malo. Bueno y borracho.

-Yo aguanto el tipo, cariño. No se me nota.

-Eso es lo que tú crees.

-Bueno, nena, vamos a dejarlo.

Teo echó otro vistazo al vagón. Todo el mundo les estaba mirando.

-¿Qué hostias mira esa gente? - preguntó Teo.

-No nos está mirando nadie, cariño, relájate.

-Sí que nos están mirando. Mira a esa tía, me está mirando.

-Ya hemos llegado, vamos a bajarnos.

-Me está mirando.

-Sí, lo que tú digas,

Celia ayudó a Teo a bajarse. Le dieron un par de empujones. Lo normal.

-Los mataré.

-¿A quién?

-A toda esta gente.

-Calla y sígueme.

Anduvieron unos metros y se pararon a descansar en un banco.

-Ha sido mala idea- dijo Teo.

-Puedes volverte si quieres, pero hoy voy a ver a mi hija.

-¿Desde cuándo tienes ese interés en ver tu hija?

-¿Cómo que desde cuándo? Desde siempre, nene, es mi hija.

-¿También quieres ir a verla cuando estás hasta el culo de coca?

Celia no contestó. Contestar implicaba pelearse, y Celia no quería pelearse. Ese día no. Ese día era importante. Intocable.

-¿Estás mejor? - preguntó la mujer.

-Voy a morir.

-Venga, te ayudo a levantarte.

Celia ayudó al grandullón de su novio a levantarse y en diez minutos (normalmente se tarda 3) salieron de la estación.

-El aire fresco te sentará bien- dijo Celia apartándose los cabellos sucios de la frente.

-El aire me enferma, me enferma el mundo. El mundo está enfermo y me está contagiando su enfermedad.

-No empieces, por favor, solo ha sido un golpe de calor.

-Estamos en enero.

-Ya, pero la calefacción estaba muy fuerte.

-Lo que tú digas...

Caminaron unas cuantas calles. Celia encendió un pitillo, le dio cuatro caladas y se lo pasó a Teo. Teo le dio una calada y después explotó. Echó una gran vomitona en la acera. Había cosas sólidas. Pero Teo no recordaba cuándo había ingerido esas cosas. Un par de hombres pasaron por su lado y dijeron algo gracioso, pero Teo no alcanzó a escucharlos. Solo oyó las carcajadas a lo lejos. Eso le hizo sentir peor que una mierda. El fallo estaba en la gente, sin duda alguna. La gente era lo que enfermaba a la otra gente, a la gente buena, a la que está en la otra cara de la moneda. En esa jodida cara de la moneda. Teo llevaba décadas en el otro lado y para ser sinceros, estaba más que hartos.

-Creo que me voy a quedar aquí.

-Quiero que vengas conmigo, quiero que la pequeña te vea.

-A la pequeña le doy igual, Celia.

Celia torció el gesto. Era un gesto brutal, triste. Teo la miró a los ojos y no pudo resistirse.

-Es broma, claro que voy- dijo Teo.

Comenzaron de nuevo a andar. Teo se sentía ya mucho mejor. El aire le estaba dando la vida. La buena de Celia siempre tenía razón.

Llegaron a la casa. Llamaron al timbre. Le abrieron el portal. Fueron hasta el ascensor, se montaron, esperaron, salieron y llamaron al timbre. Los pasos de la pequeña Teresa se escuchan detrás de la puerta.

-Ahora no caías en su trampa, Teo. No hagas caso a Jorge.

-Por supuesto que no cariño, no te preocupes.

Entonces la puerta se abrió y apareció aquella criatura con unos ojos preciosos.

-MAMÁ- dijo la pequeña y se abalanzó sobre Celia.

-Mi niña- dijo Celia. Estaba llorando, aquellos encuentros siempre le hacían llorar.

Teo se quedó al margen a un par de metros. Cuando madre e hija

terminaron de abrazarse, Teresa miró a Teo.

-Hola, guapa-dijo Teo.

La chiquilla sonrió y se agarró a la pierna derecha de su madre. La pequeña era muy tímida.

Entonces apareció Jorge, el exmarido de Claudia. Saludó a su exmujer y le echó una mirada horrible a Teo.

-Pasad – dijo.

Madre e hija se encaminaron hacia dentro del piso, Teo iba a hacer lo mismo cuando Jorge se adelantó y le puso la mano en el pecho. Ambos se miraron. Entonces Jorge dijo:

-Tú no entras.

-No quiero problemas, Jorge. De verdad.

-Me da igual, apestas a alcohol, sucio borracho. ¿Dónde habéis estado? Oléis a casa de putas.

-Teo no dijo nada.

-Lárgate antes de que te parta el cuello.

-Vale, perdona- dijo Teo.

Pensó en esperar a Claudia en el portal, pero la pequeña fue hacia la puerta y se quedó mirando a los dos hombres.

-Vamos, Teo. Papá ha preparado chocolate caliente. Dice mamá que vengas. Vamos a jugar al parchís.

-Me encantaría, preciosa. Pero ahora tengo que ir a comprar una cosa. Jugar vosotros, ¿vale?

-Pero yo quiero que te quedes, quédate, por favor.

Teo miró a Jorge.

-No puedo- dijo con todo el dolor de su corazón.

-Vale, *ju*, qué rollo- dijo Teresa.

E-h, esa lengua, jovencita- dijo Jorge.

-Lo siento, papá - dijo la pequeña, luego miró a Teo y añadió: -, adiós Teo.

-Adiós, niña linda- dijo.

Y la pequeña desapareció.

-¿Por qué le miras tanto? - preguntó Jorge.

-¿Qué?

-A mi hija, no vuelvas a mirarla así.

-No sé de qué me hablas.

-Te lo noto en la mirada. Los alcohólicos sois así. Estáis enfermos.

-Bueno, me voy.

-Eh, espera. Quiero decirte algo. Y quiero que lo tengas siempre presente.

-Dime.

-Me jode muchísimo cuando venís a mi casa.

-Lo entiendo- dijo Teo.

-Déjame acabar. ¿Sabes por qué me jode?

Teo no contestó.

-Te lo voy a decir. Me jode tanto porque siempre venís con olor a vino barato. Escucha capullo. Tú no eres un hombre, no eres nada, ni siquiera se te podría comparar con una cagarruta de paloma. Eres un desgraciado que pasas el día bebiendo y metiéndosela a tu novia gorda. Un perdedor, un flojo. Te voy a dar un consejo. Suicídase, tío. ¿A qué esperas?

Teo estaba incómodo. Se mordió la uña del pulgar.

-Y otra cosa te voy a decir. Si no te alejas de mi familia, te alejaré yo. ¿Entendido?

-Sí.

-¿De verdad?

-Sí.

Entonces Jorge le propinó un fuerte golpe en el centro del estómago a Teo que hizo que casi perdiera el conocimiento. Después Jorge entró a su casa y cerró de un portazo. Teo tuvo que sentarse en el suelo. Vomitó una vez más. Pasados cinco minutos se levantó y salió a la calle.

Una hora y media después.

Teo estaba congelado de cintura para abajo. No se sentía los dedos de los pies y los tobillos le martilleaban. Además, le ardía el estómago y la boca le sabía sangria sucia y seca.

-Cariño, ¿he tardado mucho? - preguntó Celia.

-No, mi amor.

-¿Por qué no has entrado?

-Ya sabes, Jorge no ha querido.

-¿Te ha tratado mal?

-No, en absoluto. Estaba más receptivo de lo normal. Hemos estado hablando un poco de todo.

-¿De mí también?

-Sí.

-¿Y qué habéis hablado de mí?

-Te lo cuento cuando llegemos a casa. Me noto un poco extraño.

-Tienes mala cara. ¿Te duele el estómago?

-Sí, un poco, pero ya me encuentro mucho mejor.

-Pobrecito- dijo Celia. Y le dio un beso en la oreja.

Anduvieron hasta la estación. Se colaron, esperaron tres minutos a que llegara el metro, y después entraron al vagón.

-Teresa estaba preciosa- dijo Teo.

-¿A que sí? La echo tanto de menos...

-Se parece mucho a ti.

-Estoy deseando volver a verla de nuevo.

-Y yo- dijo Teo.

Después Celia se puso a hablar de su hija durante todo el trayecto. Teo le miraba y asentía. Iba a tardar en recuperarse del golpe de Jorge. Teo llevaba jodido del estómago 15 años. Tenía una úlcera.

-¿Nos quedaba algo de vino? - preguntó Celia.

-Creo que sí- dijo Teo.

-Bien, esta noche hay que celebrarlo.

-Por supuesto- dijo Teo.

Celia sonrió. Teo lo intentó. Y se mantuvieron callados durante todo el trayecto a casa.